

DE LOS ARBOLES

Encontras más en los bosques que en los libros. Los árboles y las piedras te enseñarán lo que nunca aprendiste de maestros. Bernard de Clairvaux (San Bernardo) Monje. (1091-1153)

Si muere un árbol planta otro en su lugar. Carl von Linné (Linneo) Naturalista (1707-1778)

Me gustan los árboles porque parecen más resignados a su forma de vida que los demás seres. Willa S. Cather. Novelista (1873-1947)

Devuélveme mi árbol hueco, una corteza de pan, y la libertad. Alexander Pope. Poeta (1688-1744)

Cuando no tengas otra cosa que hacer, puedes plantar un árbol; ira creciendo mientras tú duermes. Walter Scott. Novelista (1771-1832)



Plantar un hijo, escribir un árbol, tener un libro

Algo funciona mal. Claro que no era así. De todas las aplicaciones de ese conjunto 3-verbos sobre el conjunto 3-objetos, creo que esta es la peor. Para empezar, lo de tener un (solo) libro es dramático, y uno hasta duda si es posible o no, aquí y ahora. Con razón es pregunta para un cuestionario difícil. ¿Qué libro me llevaría? Si los libros valen, siempre es porque son más de uno. Aunque sea el más publicado, traducido, leído y disfrutado de los libros, aunque sea un conjunto de libros, aunque sea el biblos por antonomasia, se agradece siempre que exista una alternativa en la otra mesilla.

Lo de escribir un árbol tiene problemas preposicionales, por aquello de la imposibilidad de entederlo en transitivo. Si suponemos la elipsis nos encontramos con opciones posibles y cómodas (ante, bajo, de, para, por, tras), otras son posibles a secas (contra, desde, en, entre, sin, sobre), las hay que únicamente serían posibles en poesía (a, hacia, hasta, con) y, por fin, quedan algunas posibilidades difíciles de clasificar (cabr, so, según). Preposiciones al margen, a mí lo de escribir un árbol me sugiere lo de sacar la navaja y hacer al árbol una herida en forma de corazones con flechas e iniciales. O una firma sin más. La impotencia de los «graffiti». Malo.

Plantar un hijo suena más cruel, pero yo creo que se ha hecho con bastante más frecuencia de lo que parece. Lo peor es cuando se hace sin querer saber nada de la tierra, ni del riego, tutores, abonos, trasplantes, podas y demás necesidades de todo aquello que se planta, conocidas desde hace tiempo.

Por si alguien tiene noticia de quien quisiera repetirlo, quizás sea bueno recordar lo que hace 480 años se publicaba en la «Obra de Agricultura», de Alonso Herrera, al hablar de las características que debería cumplir un árbol para merecer descendencia: «Corten los ramos de árbol que esté sano, que no sea enfermo, ni de mala fruta, desmembrada ni cocosa. Sea de árbol ni muy viejo, ni muy nuevo, que sea bien hecho, crecido, y sea árbol afamado de buena fruta, mucha y continua. Sea el ramo gentil de buen grosor, no fofofo, tenga yemas hartas, por donde lance buenos pimpollos».

DE JARDINES



Dios Todopoderoso primero plantó un jardín y, en verdad, es la más antigua y pura de las distracciones humanas. Francis Bacon. Filósofo. (1561-1626)

Si cerca de tu biblioteca tienes un jardín puedes tener algunas malas hierbas. Thomas Fuller. Historiador. (1608-1661)

Prefero que el huerto esté lleno de pájaros que de cerezas. De verdad que les cambio la fruta por sus cantos. Joseph Addison. Poeta (1672-1719)

Quiero que la muerte me encuentre plantando las colas, pero no trabajándolas, y mucho menos reparando las faltas del jardín. Michel Eyquem de Montaigne. Ensayista. (1533-1592)

Quien sabe apreciar la belleza del jardín tiene aún más mérito que el jardinero. Proverbio chino.

El nuevo paraíso terrenal

Dicen que palabra paraíso viene del persa Parady, que significa jardín; o huerto, que no se sabe a ciencia cierta en qué consiste la diferencia. En las culturas mediterráneas, por jardín se entiende el lugar donde están presentes tanto las plantas que regalan la vista y el olfato como aquellas otras que suministran alimento. Recordemos, por ejemplo, que una de las pruebas de Hércules fue conseguir las manzanas —de oro— del jardín de las Hespérides. Otro famoso huerto fue el Edén, jardín lleno de frutales, donde parece que Adán y Eva tuvieron problemas por un quitame allá ese higo, fruto prohibido que terminaron compartiéndolo, en contra de los que se les había advertido, perdiendo la inocencia y temiéndose luego que cubrit con sendas hojas de higuera (Gen 3,7). Por cierto que nunca tuve claro quién les trabajaba el mencionado jardín o paraíso a nuestros primeros padres, y cuánto tiempo estuvieron allí hasta lo de la serpiente. Tampoco tengo idea de quién va a eliminar las malas hierbas, controlar las plagas y los bichos en el nuevo paraíso terrenal que nos anuncian algunas religiones para un futuro más inmediato de lo que creemos los escépticos.

Esa es la idea peregrina que, entre otras más serias, nació divagando el último libro de Manuel Calvo Hernández, decano de periodistas científicos. Se titula «La ciencia en el tercer milenio», y tiene un capítulo dedicado a milenarismo y milenarismos, donde se habla de las creencias en el fin del mundo. Allí se dice que milenarismo en sentido amplio es toda concepción que espera el mundo futuro bajo la forma de un paraíso terrenal. También existe otra interpretación estricta, que implica la lectura literal del Apocalipsis: según ésta el Juicio Final irá precedido de un período de mil años en el que Cristo glorioso gobernará el mundo. Con toda franqueza, no creo que se trate de los tiempos actuales. Tan es así que ahora nadie piensa que se acerque el fin del mundo. Ni siquiera los profetas de pacotilla. De hecho, conozco a gente que tiene ya un carné válido para algunos años del próximo milenio. Evidentemente, la ciencia contemporánea tampoco deja mucho hueco para imaginarse paraísos terrenales, ni al final de este milenio ni de ninguno. Pero algo hemos avanzado. Según los físicos hay dos alternativas de fin del mundo, para los que aspiren a llegar allí, y morir colectivamente: lo harán fritos, o congelados. De paraíso terrenal, nada.